

Musso dirá que los preladados deben dirigirse á aquel punto como los héroes de la Grecia dentro del *caballo de madera*. Sadoletto, que pasaba no obstante por uno de los mejores escritores de aquel siglo, dirigió á Juan Camerario un tratado para consolarle de la pérdida de su madre, donde todo versa sobre la intrepidez y la magnanimidad pagana, sin que los argumentos de la religion, mucho más eficaces, estén mencionados para nada.

Rara vez deja la forma de influir sobre las ideas; el esplendor de la regenerada antigüedad habia deslumbrado de tal modo los ánimos, que no se conocia ya el cristianismo; por todas partes reinaba una pereza burlona y voluptuosa que ni aun se tomaba el trabajo de pensar, y que llamaba filosofía á la independencia exterior, al estar echado con el vaso en la mano, y al luchar con las ciencias. En efecto, tanto Bembo como monseñor Hipólito de Este, della Casa, y otros muchos, no sólo tenían hijos, sino que pregonaban su paternidad. Della Casa pide el capelo, no en razon de sus virtudes, sino «en consideracion á la fidelidad constante y á la sincera y única adhesion que ha acreditado siempre á los Farnesios. En la casa de campo llamada Pia que Ligorio hizo para descanso de los papas, todo era pagano, no sólo en su construccion sino tambien en el decorado y en la forma. El cardenal Bibiena hizo edificar una casa de campo en el Vaticano con ninfas voluptosas pintadas por Rafael: sobrepujaba en lujo á lo más espléndido de la corte de Leon X; dirigia las mascaradas durante los carnavales, é indujo al papa á que hiciese representar la *Mandrágora* de Maquiavelo y su *Calandria*, cuyas escenas demasiado impúdicas, para un lupanar, hicieron reir á Leon, á Isabel de Este y á las señoras más elegantes de Italia. No habia hombre igual para volver locos á los más juiciosos; se alegraba de que Julian de Médicis llevase á Roma á la princesa su mujer, y la ciudad entera decia: *Alabado sea Dios, pues, aquí no faltaba sino una corte de señoras, y ésta nos traerá una y hará la cruz romana perfecta* (6).

Ronsard, Montaigne, Bodin y Maquiavelo... no saben admirar otra civilizacion sino la anterior al cristianismo; Erasmo invoca el nombre de Sócrates;

(6) Cartas de Pr. á Pr. I, 16. Pablo Jove pinta su carácter de este modo: *Accesserat et Bibiena cardinalis ingenium, cum ad arduas res tractandas peracte, tum maxime ad movendos jocos accommodatum. Poetica enim et etrusca lingue studiosus comédias multo sale multisque facetiis refertas componebat, ingenios juvenes ad histrionicam hortabatur, et scenas in Vaticano spatiosis in conclavibus instituebat... Propterea, quum forte Calandram à mollibus argutisque leporibus per jucundam... Per nobilissimos comedos agere stultisset, precibus impetravit ut ipse pontifex et conspicuo loco despectaret. Erat enim Bibiena mirus artifex hominibus atate vel professione gravibus ad insaniam impellentis, quo genere hominum pontifex adeo oblectabatur, ut laudando, ac mira eis persuadendo donandoque, plures ex stolidis stultissimos, et maxime ridiculos efficeret et consuevisset.*

Marsilio Ficino enciende una lámpara al busto de Platon. Habia más: tal era la aficion á las cosas de la antigüedad, que Pedro Pomponazzi, mal filósofo y peor lógico, pero orador ingenioso y vivo, sostenia que las almas eran mortales, y alguno hubo en Roma que quiso probar á Erasmo no haber diferencia entre la de los hombres y la de los animales, no creyendo fuese caballero ni buen cortesano aquel que no habia formado algun juicio erróneo ó herético sobre los dogmas de la Iglesia (7).

Por una parte habia allí afectacion de saber y de costumbres clásicas, por otra los pulpitos y las reuniones eclesiásticas eran invadidas por la ignorancia. A menudo ocupaba la teología el lugar del Evangelio, y se hacia distincion entre lo que era verdadero filosóficamente, y no lo era en teología, ateniéndose á los áridos métodos de la escolástica. En los predicadores, dominaba un estilo depravado; confundian lo sagrado con lo profano, lo grave con lo burlesco, buscando lo nuevo, lo estravagante, y lo sorprendente. Así el cardenal Bembo, á quien se preguntaba por qué no iba á los sermones, respondia: «¿Qué he de ir á hacer allí cuando jamás se oye otra cosa que al Doctor sutil discutiendo contra el Doctor angélico, y luego llega Aristóteles en tercer lugar á zanjar la cuestion propuesta?» (8). Ya hemos tenido ocasion de hablar de Barletta, de Menot, de Maillard (9); y aunque pertenecen al siglo precedente, gozaron de gran crédito en éste, como lo prueban las repetidas ediciones de sus sermones (10). No deben causar estrañeza los aplausos de que fueron objeto fray Mariano de Genazzano, Pablo Attavanti, que cita de intento á Dante y á Petrarca, de lo cual se glorifica en su prefacio; y fray Roberto Caracciolo de Lecco, sobre quien llovian los breves en su alabanza, las comisiones honoríficas, las mitras y el título de *Nuevo San Pablo*.

Otros predicadores vulgares se acreditaban entre el pueblo, á quien enseñaban errores, supersticiones, y terminaban inevitablemente sus sermones pidiendo dinero (11). Cada orden religiosa, cada aldea, cada iglesia, tenia un santo particular, cuyo panegirico era sazonado con absurdos sin término; y por simplicidad ó por fraude, se aspiraba á multiplicar los milagros, las gracias, las reliquias del

(7) CARACCILO, *Vita*, ms. de Paulo IV.

(8) LANDI, *Paradojas*.

(9) Véase tomo VI, pág. 364.

(10) Los sermones de Barletta fueron impresos en Paris en 1527, y en Lyon en 1536. Los de Menot, publicados primero en Paris en 1519, fueron allí reimprimados en 1526, luego en 1530, y otras muchas veces. Conocemos de Maillard una edicion hecha en Lyon en 1498, una de Paris en 1511, otra en 1520, y otra en 1527.

(11) Uno de ellos se expresaba de este modo: *Me preguntáis, caros hermanos, cómo se va al Paraíso? Os lo enseñan con su tañido las campanas del monasterio: dan-do, dan-do.*

bienaventurado patrono, y á tributarle un culto que degeneraba frecuentemente en idolatria.

Aquel sentimiento, tan humano antes de ser religioso, que nos enlaza á aquellos que, habiéndonos precedido en esta tierra de destierro, nos aguardan en el cielo, habia sido consagrado por la fe: ella habia establecido una comunión entre los cristianos militantes y la Iglesia sufraganea, proclamando que las oraciones y las buenas obras de los vivos pueden refluir en consuelo de las almas que se hallan en espera. Pero aun en esto se deslizo el innoble pensamiento del lucro, y los sufragios se limitaron casi únicamente á misas y á responsos, lo cual daba demasiada apariencia de mercaderes á los que provocaban su venta.

Muchas veces hemos tenido ocasion de decir cuanto se habian desarrollado las supersticiones entre los creyentes, y es inútil hacer notar hasta qué punto ejercen semejantes creencias pernicioso influjo sobre la conducta. Tambien era un síntoma de decadencia el rigor creciente del Santo Oficio, porque la dominacion espiritual no puede reposar más que sobre el consentimiento voluntario de las inteligencias, y el empleo de la fuerza material, cuando se recurre á ella con propósito deliberado, revela una debilidad de que se aperciben los pueblos.

Este sistema puede pasar desapercibido en tiempos de sencilla ignorancia; pero entonces se refinaban las costumbres, se propagaba la sabiduria, y se deslizaba en los espíritus la duda erudita. Se operan los primeros cambios en la cabeza de los pensadores, donde se forma la opinion que se hace general luego. Ahora bien, la filosofía, desde que habian querido combinarla con la religion aminorada y sujeta á vaivenes, habia caído en discusiones alimentadas por las doctrinas resucitadas de la jurisprudencia romana y por los estudios orientales, que por un lado conducian á la teurgia, y por otro á interpretaciones nuevas y atrevidas de los libros divinos. Al revés los humanistas se habian prendado del arte: y un epigrama, un opúsculo volaban de un extremo á otro de Europa en la lengua comun á los literatos. Absorbido el alto clero por cuidados esencialmente mundanos, no pensaba en instruirse en aquella fe que estaba obligado á defender y sustentar sin mancilla: como siempre los miembros inferiores se acomodaban al ejemplo de sus jefes. Focos los monasterios, poco antes, de actividad en favor del pensamiento y de las armas, hallábanse á la sazón sumidos en la torpeza de la decrepitud y en la relajacion de la opulencia. Encontrándose reducidos á la ociosidad por la imprenta los numerosos monjes que se ocupaban en copiar manuscritos, se pusieron á debatir cuestiones de mínima importancia, acreditando poco arte y muchas sutilezas, al paso que la nueva literatura se compadecia de las insensateces y de las locuras escolásticas que habian ocupado el puesto de la verdadera ciencia por largo tiempo.

Desde su principio la Iglesia habia traducido á la

lengua vulgar la Biblia: existe una version latina que se remonta al primer siglo de nuestra era. Ulfilas la tradujo para los godos, y otros para los demás pueblos convertidos al cristianismo. Sin citar más que á Italia, después de Jacobo de Varagina obispo de Génova, Nicolás Malerbi, religioso camaldulense, publicó una version en Venecia en 1421, de la cual se hicieron por lo menos treinta y tres ediciones. Allí hizo tambien imprimir el hermano Guido en 1486 los *cuatro volúmenes de los Evangelios vulgarizados con sus exposiciones hechas por fray Simon de Cascia* (12). Passavanti se queja de los traductores de la Sagrada Escritura, quienes la envilecen de muchos modos: «truncándola unos con un lenguaje sucinto, como los franceses y los provenzales; ofuscándola otros con un lenguaje oscuro como los alemanes, los húngaros y los ingleses; estos dándola aspereza con un lenguaje vil y tosco, como los lombardos; aquellos, como los napolitanos y los regnicolas, con palabras de doble sentido ó dudosas, la fraccionan y la dividen; ciertos otros, como los romanos, la revisten de robin por la aspereza de su acento; algunos la vuelven salvaje en su lenguaje de marisma, de aldea ó de los Alpes; otros menos malhadados, como los toscanos, la echan á perder y la oscurecen, principalmente los florentinos la deslizen y hacen deplorable con espresiones forzadas y cortas, como tambien con sus locuciones florentinas y sus *ahora bien, después, en otro tiempo, nunca, sin embargo*, etc., que confunden y turban.» (13).

Se criticaba, pues, el modo sin condenar el hecho en sí mismo; y Leon X hizo comenzar á sus expensas la impresion de una nueva traduccion latina de la Biblia, por el luqués Sante-Pagnini (14).

(12) Antonio Buccioli, de Florencia, en 1530 publicó una traduccion completa de los libros sagrados, que fué puesta en el Indice, y se le tiene por protestante aun cuando parece que nunca apostató.

(13) *Specchio di penitenza*.

(14) Este compuso el *Thesaurus lingue sancte* (1529); y es admirable que en tiempos en que habia tan pocos medios, se emprendiese una obra, que ni aun hoy se encontraria quien se atreviese á reproducirla. El primer cristiano que enseñó el hebreo en Italia parece fué Félix Prato, hebreo convertido, el cual en 1515 publicó la traduccion latina de los salmos y fué llamado á Roma por Leon X en 1518. En aquel tiempo lo enseñaba tambien Agatias Giudacero, de Catania, llamado después por Francisco I para que explicase en el colegio de las tres lenguas, donde le sucedió Pablo Paradissi de Canosa. En 1514 se publicó en Fano, en la imprenta fundada por Julio II una coleccion de oraciones en árabe (Schnurrer, *Bibl. arábica*, página 231-34). Pagnini empezó en Venecia la edicion original del Corán (lib. p. 402). En 1513 se publicó en Roma el Salterio en etiope (Le Long, edic. Masch, vol. I, part. II, página 146) y después en 1548 el Nuevo Testamento bajo la direccion de Mariano Vittorio de Rieti, que cuatro años después dió á luz la primera gramática abisinia (Colomesii, *Ital. or ad nomen*). Teseo Ambrosio, descendiente de los condes de Albonese, enseñó en Bolonia el idioma caldeo,



Habiendo interrumpido la muerte del pontífice su publicación, apareció en Lyon en 1527. Pantaleón Giustiniani, que habiendo entrado de fraile agustino en Génova, fué después obispo de Nebbio, emprendió una edición de la Biblia en latín, en griego, en hebreo, en árabe y en caldeo; comenzó la impresión con los Salmos dedicados á Leon X en 1516, en ocho columnas, conteniendo una de ellas el texto hebreo, seis las versiones, y la última las notas. Pero de 2,050 ejemplares que se tiraron, solo se vendieron la cuarta parte. El resto del trabajo que se ocupaba en preparar, pereció con él en un naufragio en 1536. No hay por lo demás ninguna lengua en la cual no existiese antes de la Reforma (15), alguna traducción de la Biblia.

Pero la filología se había restaurado, y ejercitándose la crítica en los autores profanos, había aprendido á dirigir la penetración de los eruditos sobre los textos sagrados: desde entonces en la soberbia de una nueva conquista, cada cual quiso interpretarla á su antojo. El gran Reuclin, que conocía la importancia de los estudios orientales, hizo muchas correcciones en la Vulgata; publicó una gramática y un diccionario de la lengua hebrea. Habiendo solicitado los inquisidores de Colonia del emperador, que todos los libros hebreos fueran quemados, á escepción de la Biblia, se opuso á ello, y la cuestión adquirió popularidad á causa de este altercado. Escandalizáronse los espíritus mezquinos; pero, fiel Roma á una prudente tolerancia, mientras la pureza de la fé no sufría ataque, tomó la defensa de Reuclin.

Es digna de notarse la osadía con que en toda la cristiandad, y en Italia más que en ningún otro punto, se censuraban los vicios de la corte de Roma y los abusos que se habían introducido en

sirio y armenio, de los cuales así como de otros diez publicó una introducción (Pavia, 1539) con los signos de cuarenta alfabetos. Y son tantos los trabajos de interpretación sagrada hechos en aquel tiempo que M. Cree se admira de la Providencia que hacia que los católicos afilasen las armas que debían traspasarlos.

(15) Hay una en alemán, sin fecha, como se usaba en los primeros tiempos de la imprenta. Faust publicó una en 1472; apareció otra el mismo año, y otra también más en 1493. Hubo tres ediciones de la que se publicó en Nuremberg en 1477, anteriores á la de Lutero; se hicieron ocho de una Biblia que salió en Ausburgo el mismo año, sin hablar de otras. Citaremos una en Francia en 1478, otra por Medardo en 1484, otra por Guiars de Moulins en 1487, una por Jacobo Le-Fevre en 1512. Se encuentra una gran enumeración de las Biblias francesas en la *Biblioteca sagrada* del P. Lelong en la palabra *Biblia gallica*. Se imprimió en Colonia en 1475 la Biblia en flamenco, de la que se hicieron tres ediciones antes de 1488; después apareció otra versión en 1518. Hay una en bohemio de 1488. Tomás Moro dice (*Dial.* III, 4), que «la Santa Biblia fué mucho tiempo antes de Wicleff, traducida á la lengua inglesa por hombres hábiles y sabios, y leída con no menos fruto que respeto y sentimientos de piedad por las personas honradas.»

la Iglesia. Dante y Petrarca se espresaron sobre esto con violencia, y sin embargo no merecieron reprensión ninguna, y ni aun siquiera se les prohibieron sus libros. Todas las novelas estaban atestadas de argucias y de aventuras en que hacían el gasto los frailes. Poggio, que fué secretario de tres papas, describe en su carta á Leonardo Bruno, el suplicio de Juan Huss y de Gerónimo de Praga, escitando respecto de ellos la compasión, y dirigiendo invectivas á Roma. Sus inoportunas *Facetas*, en que las costumbres eclesiásticas y la corte pontificia son vivamente atacadas, al mismo tiempo que la aristocracia y la democracia, los eruditos y los razonadores, fueron impresas en Roma (Lauer, 1469). Juan Francisco Pico de la Mirandola se alzó en el concilio de Letran contra la ambición, la avaricia y el desarreglo del clero, con una osadía que no sobrepujó ningún protestante, y proclamó en alta voz el deseo general de una reforma. Menot en su latín afrancesado denunciaba los abusos eclesiásticos de una manera contundente, y Maillardronaba contra los vendedores de indulgencias (16).

En efecto, cuando un poder no es contrareestado y guarda á los ojos de todos su carácter sagrado puede juzgársele sin dejar de venerarle, y las convenciones que puedan dirigirse no son peligrosas, resultando que quien las hace no une á ellas ninguna idea de ultraje, ni el que es objeto de ellas recibe la menor ofensa. Pero la oposición religiosa en Italia era irónica, burlona é incrédula; negaba la verdad, y se sometía á ella; en Alemania, por el contrario, era positiva, creyente, enérgica y animada por el odio inextinguible que sus habitantes tenían á los latinos y se proponía destruir para edificar de nuevo; de aquí el cargo de frivolidad y libertinaje dirigido con frecuencia por los alemanes á las literaturas de Italia y Francia; «¿Para que sirven dice, Puyherbault (17) esos escritorzuelos de Italia? Para alimentar el vicio y la molición de los cortesanos enervados y de las mujeres lascivas, para estimular al deleite, inflamar los sentidos, y destruir en el alma cuanto tiene de varonil. Estamos muy agradecidos á los italianos; pero hemos adoptado de ellos muchas cosas deplorables. Las costumbres del país huelen á ámbar y perfumes; tanto las almas como los cuer-

(16) *Suntne hic portatores bullarum? certe ibi est magnus abusus, et miror quod prelati non apponunt remedium. Durandus dicit quod de indulgentiis nihil habemus certum in Sacra Scriptura. Legatis Basilium, Hieronymum, Augustinum: nihil dicunt de indulgentiis. Ita dicunt doctores moderni, et asserunt quod materia indulgentiarum semper fuit dubia. Sed diceret aliqua mulier: «Pater, ego nescio si sint bonae: nonne melius est capere postquam episcopus misit?» Credo quod capiunt partem suam, et omnes sunt fures. Heul sunt aliqui bullatores qui dicunt quod, si scirent quod pater eorum non cepisset, nunquam orarent pro eo: ad omnes diabolos.*

(17) *Theotimus de tollendis malis libris, 1549.*

pos son allí débiles; sus libros no contienen nada fuerte, nada digno y poderoso; ¡y ojalá que hubiesen conservado para ellos sus obras y sus perfumes! ¿Quién no conoce á Juan Boccacio, á Angel Policiano y á Poggio, paganos todos, más bien que no cristianos? Rabelais imaginó en Roma su *Pantagruel*, verdadera peste de los mortales. ¿Qué hace éste? ¿Que vida tiene? Beber todo el día, hacer el amor y socratizar; anda olfateando las cocinas, mancha con infames escritos su papel; vomita un veneno que se estiende por todos los países, siembra la maledicencia y la injuria en toda clase de personas, calumnia á los buenos, denigra á los sabios, y lo que es más de admirar es, que el Santo Padré recibe en su mesa á este impertinente, enemigo público, inmundicia del género humano, tan rico en facundia, como pobre en juicio.»

La guerra estaba resuelta en Alemania, aunque no declarada. Reuclin hizo imprimir una comedia contra los frailes; se representaba en Eisleben en 1480, un drama digno de la patria de Lutero, la *Papisa Juana*, con acompañamiento de diablos, santos, ángeles, y la muerte (18), preludios de aquellas escenas en que el teatro alemán vino á ser colaborador de la Reforma y no conoció ya más que la parodia.

Erasmus.—A la cabeza de los que atacaban al clero se señalaba Erasmo de Rotterdam. Talento universal, humor jocoso y genio filosófico, dirigió la erudición hácia alguna cosa de útil práctica, y empleó alternativamente los argumentos serios, la ironía, la doctrina, emprendió la tarea de castigar á los frailes como representantes de la ignorancia, del libertinaje, de la glotonería, y llenó la literatura y el mundo de anécdotas extravagantes sobre aquellas degeneradas sociedades, cuyo descrédito aumentaron porque se las creyó verdaderas.

En la *Biblia griega*, que apareció en 1518, dice todo el mal posible del clero. El *Elogio de la locura* está enteramente escrito contra los frailes mendicantes y las demás órdenes populares. Además de los dardos que lanza en su *Ciceroniano* contra los pedantes que llamaban á Jesucristo *hijo de Júpiter*, describe el libertinaje de los eclesiásticos, la grosería de los franceses y de los alemanes, la hospitalidad refugiada en las posadas, la ignorante superstición de los soldados que matan y se confiesan, se confiesan y matan. La Sorbona quería condenar sus *Coloquios*, en los cuales crítica sin ninguna consideración el precepto de la vigilia, el celibato eclesiástico, las prácticas monásticas, las peregrinaciones y la corrompida ociosidad del clero. «No hay hombres en el mundo, dice, que vivan mejor y con menos cuidados que los vicarios de Cristo. Crean haber hecho bastante por Dios, cuando en medio de las ceremonias más

fastuosas se presenta su santidad, con un aparato místico y casi teatral, á distribuir sus bendiciones ó lanzar el anatema... ¿Qué diré de los que, confiados en las indulgencias, adormecen sus conciencias y miden casi con el reloj en la mano la duración del purgatorio, cuyos siglos, años, días y horas calculan sin temor de engañarse? No hay un mercader, un soldado ó un juez que no crea que con la limosna de un escudo lava todas las culpas de su vida, después de haber robado millares de ellos...» (19)

La prensa sirvió á los innovadores, como la espada á Mahoma. Hubo un tiempo en que la sentencia de un concilio ó las llamas, podían sofocar la voz de Arnaldo de Brescia, de Abelardo y de Juan Huss. Pero ya en aquel momento los *Coloquios* se extendían en número de 24,000 ejemplares, y el *Elogio de la locura* en el de 1,800 en la primera edición: después los grabados de Holbein hicieron aun más populares las ediciones siguientes llenas de venenosos sarcasmos. No por esto creyó Erasmo separarse de la Iglesia. Hasta reprobó abiertamente á los que después levantaron el estandarte de la heregia, aunque en realidad tuvo la misma opinión que Lutero, y predicó las mismas cosas (20). Así es, que se ha dicho con razón de él, que había puesto el huevo que el fraile alemán empolló y sacó.

Se vendieron también á centenares en aquella época (1516) las *Epistola obscurorum virorum*, suponiendo que algunos teólogos escribían á Ortwinio Gratio, profesor de la misma ciencia en Colonia, todas las objeciones é insolencias que Reuclin había publicado, y en las que la gerga ignorante y las pretensiones de los frailes y pedantes de la época era imitada con tanta exactitud, que muchos lectores se engañaban. Se atribuía á Reuclin ó á Erasmo; pero eran de Ulrico de Hutten, apellidado el Demóstenes alemán por sus *Filípicas* contra el papa (21). Lutero las admiraba como un modelo de estilo epistolar, y su reputación se extendió hasta tal grado, que se tuvo valor de compararlas á las *Provinciales* de Pascal; pero su lectura es repugnante por un lenguaje tabernario; por rasgos obscenos, insultos de carnaval, por la orgía de las ideas y de las espresiones, que repugnan aun después de haber visto escritas las primeras que imitan este modelo de los primeros reformadores. La verdad no hubiera podido servirse de semejantes armas para rechazar el ata-

(19) ADOLFO MULLER, *Leben des Erasmus*.

(20) *Videor mihi fere omnia docuisse quae docet Lutherus, nisi quod non tam atrociter, quodque abstini à quibusdam enigmatibus et paradoxis.* Apud Gerdes., I, 153.

(21) Dice, en la *Trinidad romana*, que de Roma se sacan tres cosas: mala conciencia, estómago estropeado, y bolsa vacía; que en tres cosas no se cree: en la inmortalidad del alma, en la resurrección de los muertos y en el infierno; que se trafica con otras tres: con la gracia de Cristo, con las dignidades eclesiásticas y con las mujeres.

(18) Es la tragedia alemana más antigua; se conserva el manuscrito. Véase GOSTTSCHED, *Historia del arte dramático en Alemania*.



que, al paso que aquel arte de materializar el vicio, aquel descaro para decirlo todo sin consideración, era bien acogido por el vulgo.

Hasta hombres de gran piedad convenían en los abusos, y reclamaban un remedio, pero lo hacían al menos con moderación (22). El cardenal Sadoletto, esencialmente católico, repite continuamente en sus cartas que hay necesidad de pensar en ello (23); muchas pastorales de obispos convienen en que se había propagado la corrupción. El cardenal Amboise, arzobispo de Ruan, y consejero de Luis XII, se negó á acumular algunos beneficios como lo permitía la época, y reformó tanto á los dominicos como á los conventuales; desafiando la resistencia violenta de los primeros y la hipócrita oposición de los segundos. El cardenal Jimenez de Cisneros; uno de los más grandes caracteres de un siglo que produjo muchos, después de haber sido elevado por sus virtudes desde una humilde pobreza al arzobispado de Toledo y á la regencia de España, usó de su poder para reformar á los conventuales y franciscanos; introdujo en el clero de su diócesis una disciplina no acostumbrada, mandó que se tuviesen libros para apuntar las partidas de bautismo y casamientos, y preparó una biblia políglota. La Iglesia misma no creyó nunca ocultar los abusos ni justificarlos: no se pueden tampoco hacer sátiras más fuertes que los decretos de reforma repetidos en todos los concilios, ya generales ya particulares.

¿Un hombre de una elevada y sincera voluntad hubiera podido conducir á una solución clara y cristiana, á una mediación pacífica la deplorable disidencia de las ideas prácticas, es decir, la complicación de las relaciones eclesiásticas y religiosas, políticas y seculares, confundidas entre sí, y conciliar la diferencia de la Iglesia con el Estado? ¿Hubiera podido verificarse la reforma amigablemente, corrigiendo y no demoliendo, por amor y no por ira, consolidando la unidad y no destruyéndola? ¿Qué parte hubiera quedado entonces á la autoridad pontificia en las cosas terrestres? Estos son problemas insolubles; pero de seguro hubiera sido para grandes doctores y pontífices una empresa muy gloriosa.

Desgraciadamente los acontecimientos políticos llegaron á trastornar todo arreglo pacífico. En sus diferencias con Luis XII, Julio II, que nunca conoció el temor ni la duda, prodigó las excomuniones por cosas enteramente mundanas, y se siguió una reacción. En el momento en que un concilio

(22) Schelornio, *Amantitates historia ecclesiastica*, y Gerdasio, *Specimen Italiae reformatae*, reunieron á todos los precursores de la reforma, adhiriéndoles también libres pensadores, pero fieles á la Iglesia.

(23) Gerónimo Negro, dice que Sadoletto «se propuso escribir un libro *De república*, y pasar por el tamiz todas las repúblicas de aquel tiempo *præcipue* la república, no de la Iglesia, sino de los sacerdotes.»

se reunía contra el pontífice y hacia inminente un cisma, Pedro Gringoire (1511) verificaba la representación en Francia de su drama titulado el *Príncipe de los locos y la Madre loca*, en el que se ridiculizaba á Roma. En 1510, la dieta de Ausburgo formulaba quejas contra las pretensiones pontificales, y predecía el peligro de una insurrección general contra el clero, y una separación de la Iglesia, como en Bohemia, sino se tomaban medidas. Las persecuciones armadas habían producido en aquel reino su efecto ordinario, disponiendo á la compasión á los oprimidos, y á la creencia de que la razón estaba de su parte. Resultó de ello, que los errores que los husitas habían heredado de los cátaros, de los valdenses, de los wiclefitas encontraron numerosos adherentes. Desde 1512, dos sabios afamados en Alemania, Pellicano y Capiton, impugnaban la presencia real, y Ecolampadio (Juan Hausschein), hacia otro tanto en sus sermones en 1514 (24).

Ideas de libertad civil se esparcían al mismo tiempo. Los pueblos conocían cada vez más sus males, cuyo remedio buscaban, y trataban de abrirse un nuevo camino. Pensando en la servidumbre, en la cual habían languidecido sus abuelos, temían volver á ella, y el horror á lo pasado los hacía sospechar del poder clerical que hasta entonces había predominado. En los países en que los eclesiásticos habían llegado á ser príncipes, el odio contra la autoridad señorial se cambiaba en contra del carácter sacerdotal. Los nobles de Alemania estaban resueltos á sacudir el yugo de los pequeños príncipes para no depender más que del emperador, y creían que una revolución cualquiera que fuese les ayudaría útilmente. Los mismos príncipes estaban descontentos de los mil medios, con cuya ayuda la corte romana sacaba el dinero á sus Estados á título de reservas, annatas, expectativas y dispensas. Diversos concordatos habían paliado el mal, pero sin destruirle enteramente.

Las necesidades se habían aumentado con las guerras nacionales y por el sosten de ejércitos per-

(24) Podemos aducir un nuevo hecho. En la biblioteca de Munich existe una carta escrita en 12 de mayo de 1516 por Estéban Rosin al príncipe Carlos, obispo gurgense, en que le refiere que en el primer año del pontificado de Leon X predicaba en Roma un fray Buenaventura, diciendo que era el salvador del mundo elegido por Dios, cuya Iglesia se establecería en Sion, y se agruparon á besarle los pies como vicario de Cristo más de veinte mil personas. Escribió un libro «de la apóstata rechazada y maldita de Dios meretriz Iglesia romana» en que escomulgaba á los papas, á los cardenales y á los prelados: decía que él bautizaría al Imperio Romano, escitaba á los reyes cristianos á que reuniesen sus armas en su favor, y exhortaba especialmente á los venecianos á que conservasen la amistad del rey de Francia, que era el elegido de Dios para trasladar su Iglesia á Sion y convertir á los turcos. En 1516 fué preso y encerrado en el castillo de Sant' Angelo. Hoffer, *Analecten zur Gesch. Deutschlands und Italiens*, 1847.

manentes: los soberanos, cuyas rentas estaban en desorden, dirigían una mirada de envidia sobre los bienes del clero, y procuraban por intervalos, gravarlos también con empréstitos y tasas, prontos á apoderarse de ellos desde el momento en que ya no tuvieran que temer la oposición de Roma.

La continua intervención de los alemanes en los negocios de Italia, había producido antipatías recíprocas: los italianos odiaban á los hombres de allende el Rhin como violentos y toscos; los alemanes despreciaban á los italianos como afeminados, y consideraban su superioridad intelectual como artimañas y mala fe. Pero en el momento preciso en que las naciones conocían la necesidad de la independencia, arreglos de familia y transacciones políticas reunían bajo el cetro de la casa de Austria las poblaciones menos análogas; otras ambiciones extinguían la personalidad de varios

países de segundo orden, multiplicando los descontentos que producen siempre las innovaciones. Roma oía el sordo gemido que anuncia la proximidad de una tempestad, pero orgullosa con su amor á las artes, creyó que bastaría oponer sus obras maestras á las detracciones, el Vaticano y la *Trasfiguración* al silogismo destructor; pero este era un lenguaje ininteligible para la positiva Alemania.

Tal era el campo en que se preparaba una guerra que debía trastornar al mundo y hacerse sentir á las generaciones más remotas, triple fenómeno, filosófico, social y religioso; reacción orgullosa del análisis contra la síntesis, de la crítica contra la tradición, del juicio contra la autoridad; en la que no se trataba del interés de los reyes, sino del de los pueblos, de la creencia, del culto y de la emancipación del pensamiento.